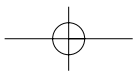
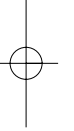
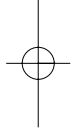


STAR WARS

THE CLONE WARS



STAR WARS

THE CLONE WARS

KAREN TRAVISS

Basada en la película
y la serie de televisión de George Lucas

timunmas

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados

Diseño de cubierta:

Título original: *Star Wars. The Clone Wars*
Traducción: Ana Guelbenzu

Primera edición:

2008 by Lucasfilm Ltd.
Published in the United States by Del Rey Books, an imprint of The Random House
All rights reserved

Derechos exclusivos de la edición en lengua castellana:
© Scyla Editores, S. A., 2008
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona (España)
Timun Mas es marca registrada por Scyla Editores, S. A.
www.scyla.com

ISBN:

Depósito legal:

Impreso en España por

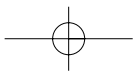
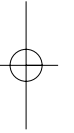
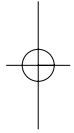
US, Canada,
Asia, Pacific & Latin America:
Wizards of the Coast, Inc.
P.O. Box 707
Renton, WA 98057-0707
+1-800-324-6496



European Headquarters:
Hasbro UK Ltd
Caswell Way
Newport, Gwent NP9 0YH
GREAT BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

*Para el Equipo A en PCC, ahora esparcidos a los
cuatro vientos*



PALACIO DE JABBA EL HUTT, TATOINE

Los humanos imponían las reglas en la galaxia, así que Jabba el Hutt se sentía con la obligación moral de obviarlas todas.

Educaría a su hijo Rotta para que hiciera lo mismo.

—Podría decirte —dijo al entrar en la fastuosa sala del trono haciendo un amplio movimiento con el brazo—, que un día todo esto será tuyo. No, quiero que tengas más. Mucho más. —Recogió una valiosísima sarta de cuentas de esmeraldas planas, luminosas y con una delicada tracería de veta interna, y la hizo oscilar frente a los ojos de su hijo. La corte reunida (a Jabba le gustaba admirar su colección de seres con talento, valiosos y obedientes) observaba en silencio mientras un solista interpretaba una suave melodía de cuerda—. Mira. ¿No es precioso? ¿No es admirable?

Rotta gorjeó, expulsó burbujitas de baba nacarada y agarró el collar para examinarlo detenidamente, como si calculara su peso en quilates. Entonces se dibujó una sonrisa en su rostro. Sacudió las esmeraldas con entusiasmo, como si fueran un sonajero.

—Cuanto más posees, más fuerte eres. —Jabba esperó hasta que Rotta se cansó de su improvisado juguete y lo soltó. El guardia Nikto avanzó un paso para recuperar las joyas que Jabba sostenía en su mano—. Nuestros cuerpos son lentos, pe-

dunkee, así que nuestras mentes deben ser rápidas. Tendrás que aprender todas estas lecciones antes de heredar mi imperio.

Rotta le miraba a la cara, desconcertado. Aún no comprendía su legado. No importaba: Jabba repetiría esa lección de todos modos, todos los días, hasta que Rotta tuviera edad suficiente para entender que la única manera de conservar lo que es tuyo en una galaxia dominada por esos bípedos prepotentes y fanfarrones de movimientos rápidos, era utilizar el cerebro para participar en su juego, hacerse con la riqueza antes que ellos, antes que nadie, y contratar a seres más rápidos y mortíferos para que te ayudasen a conservarla. Los Hutt no estaban hechos para la movilidad. Estaban hechos para Varl, su planeta natal abandonado tiempo atrás, donde ni su tamaño ni su forma constituían un impedimento, hasta que empezaron a competir con los humanoides.

«Pero aprendimos a ganar. Llenamos un nicho, como dicen los científicos, el entorno del crimen. Y ahora los bípedos vienen a suplicarnos.»

«Al fin y al cabo, ¿qué es un crimen? ¿Quién es la República para decirme lo que está bien y lo que está mal?»

—Es casi la hora de la salida diaria de Rotta, lord —dijo el Nikto—. ¿Aviso a la barcaza de vela?

Jabba parpadeó despacio y miró el antiguo crono de pared de marfil de Chamman que había aceptado para saldar una deuda de juego. ¿O se lo había dado ese contrabandista que no pudo cumplir los plazos de su contrato, y compró sólo una paliza completa en vez de un rayo láser en la cabeza? No importaba. Seguía siendo la hora de la caminata de Rotta, como la llamaba su ama, aunque los Hutt en realidad se deslizaran.

Jabba se inclinó despacio e hizo cosquillas en la barbilla a Rotta antes de cogerlo. El bebé ya pesaba lo suyo, una señal de saludable robustez.

—Tengo asuntos que atender, meekie lorda. Ve con el ama, y pórtate bien. Yo iré contigo mañana.

A menudo Jabba veía reflejada la repugnancia en los ojos de los humanoides. Esas cosas escuálidas y desaliñadas de vida breve lo juzgaban todo según sus estrictos principios. Pensaban que los Hutt eran asquerosos, eso decían. Pero Jabba me-

ció a su hijo, sangre de su sangre, y sólo suya, porque los Hutt no necesitaban un compañero para engendrar un hijo, y se quedó maravillado de su perfección. Era descendencia directa de su padre, Zorba, que se prolongó durante milenios en generaciones de Hutt. Era el heredero de su imperio, creado con esmero, era el Hutt que eclipsaría todo lo que Jabba había logrado. Nada era más importante.

La opinión de los bípedos seguro que no.

Hoy el ama era un droide. A veces una Twi'lek o algún otro sirviente ocupaba el puesto en una lista de turnos que cambiaba al azar. Jabba no quería que Rotta sintiera más apego por los ayudantes contratados que por su padre. Además, recelaba de todo el mundo, de todos, y cuanto menos predecible fuera la rutina, menor era el riesgo. Un equipo de seguridad de gamorreanos bien armados esperaba para acompañar al cuidador. Tatooine era el territorio de Jabba, pero no tenía sentido bajar la guardia.

Jabba acarició la cabeza de Rotta antes de entregárselo a su escolta.

—Protegedlo con vuestras vidas.

Sabían que lo decía en serio. La escolta del niño salió en tropel, y Jabba condujo su repulsor hacia la tarima engalanada en la que se recostaría durante la recepción de su siguiente visita, el virrey de Bheriz. Era un título demasiado grandilocuente para un minero. Sin embargo, estaría dispuesto a intercambiar gránulos de tenilina procesada por el acceso a las rutas del hiperespacio controladas por los Hutt, y toda sustancia esencial para la producción de hipermotor escasea en cualquier guerra.

Si el precio no era correcto, Jabba se haría con el mineral de todos modos. Había maneras de hacerlo. Aun así, resultaba más barato y fácil negociar.

Miró alrededor de la cámara, contento de que sus animadores, guardaespaldas y esclavos estuvieran situados alrededor del trono de un modo debidamente imponente, para llamar la atención del bheriziano justo sobre el poder que ostentaba el señor Hutt con el que estaba tratando.

—Que pase el virrey —dijo Jabba. Adoptó una pose que parecía decir «ven e impresioname»—. No tengo todo el día.

En realidad, sí lo tenía.

Quizá llegara a los mil años. Ningún Hutt tenía prisa con una vida así. Jabba poseía vidas de experiencia, contactos y conocimiento. Tenía ganada a esa especie transitoria desde el principio.

Entró el virrey, con la cabeza baja en señal de respeto —un comienzo sensato, buen comienzo— e hizo una reverencia.

—Lord Jabba... —dijo, en un idioma Hutt correcto—. Es muy amable de su parte aceptar recibirme.

—Sí, lo es. ¿Cuánto puedes ofrecer? —Jabba dio una gran calada ruidosa a su pipa de burbujas—. No hago tratos pequeños.

«¿Cómo iban a entender el largo juego?»

El virrey de Bheriz era un tipo astuto, pero Jabba llevaba generaciones haciendo negocios.

—Lord —dijo, moviendo los ojos como si intentara evitar mirar a las bailarinas Twi'lek dispuestas en torno al trono—. Puedo ofreceros un cuarto de nuestra producción total anual de tenilina a cambio de...

—La mitad. —Jabba volvió a mirar el crono de marfil—. Te lo pediría todo, pero la paternidad me ha convertido en un sentimental. —Sus analistas de mercado le dijeron que los precios de la tenilina se colapsarían en cinco años, ahora que se estaban desarrollando componentes de motor basados en la hexo-filenina. No tenía sentido quedarse con mucho excedente—. ¿Tienes hijos?

—No... hijas —dijo el virrey en voz baja—. Tres.

Para un Hutt, la distinción entre masculino y femenino era un detalle intrascendente. Sin embargo, aquellas especies pequeñas y frenéticas de dos géneros basaban civilizaciones enteras en esa diferencia. Jabba no estaba seguro de si el virrey se disculpaba por no haber producido descendencia masculina o sólo confirmaba un hecho.

—Fantástico —dijo Jabba—. La continuidad de la línea de sangre está bien. Ahora sella el acuerdo y tendrás vía libre en las rutas de los Hutt.

No era de forma gratuita, por supuesto. Simplemente era más barato de lo que habría resultado si Bheriz se hubiera cerrado en banda.

—De acuerdo, lord Jabba —dijo el virrey.

Jabba lo despidió con un gesto y volvió a dar una calada a la pipa. A veces era demasiado fácil. A veces... todos los días parecían iguales al anterior, década tras década, y así durante siglos. Miró a su alrededor en busca de una novedad para matar el tiempo, no exactamente algo emocionante —había visto demasiadas cosas en la vida para pensar que quedaba alguna emoción que buscar—, sino sencillamente algo absorbente. Los músicos se lo ofrecieron durante un rato. Jabba se perdió en los acordes.

—¡Lord Jabba! ¡Lord Jabba!

Uno de los guardias Nikto entró corriendo en la sala. Se desplomó sobre las rodillas, casi literalmente, y se deslizó el último medio metro sobre las baldosas pulidas. Por lo general los Niktos no se aterrorizaban: era obvio que portaba muy malas noticias, sabía que no serían bien recibidas.

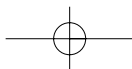
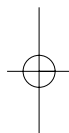
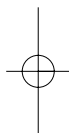
—Más te vale que sea importante, shag —dijo Jabba.

El Nikto hizo un alto para recobrar el aliento antes de hablar.

—Es el príncipe —dijo—. Hemos sufrido una emboscada. Rotta ha sido secuestrado.

No era el tipo de emoción que Jabba perseguía. El miedo tensó todas las fibras de su cuerpo. Luego, esa reacción de terror se apoderó de él y se irguió en toda su altura y dispersó a las bailarinas y los músicos.

—¡Encontradlo! —bramó Jabba—. ¡Encontrad a mi hijo! Si sufre algún daño... pagaréis todos con vuestras vidas.



Uno

Tenemos que lograr el acceso a las rutas del hiperespacio de las que los droides separatistas no se han adueñado aún. Sin ellas, jamás podremos dominar los planetas del Borde Exterior. Por desgracia, eso significa que necesitamos la colaboración de los Hutt.

Canciller Palpatine, sobre los problemas logísticos a los que se enfrenta al Gran Ejército de la República

PALACIO DE ZIRO EL HUTT, DISTRITO DE USCRU, CORUSCANT

—¿Serías capaz de matar a un niño?

El conde Dooku pensó que era una pregunta extraña, viniendo de Ziro. El Hutt estaba totalmente satisfecho con la idea de secuestrar al hijo de su sobrino, pero si realmente pensaba arrebatarle el poder del hampa a Jabba, entonces la aniquilación de todos los rivales, incluidos los bebés herederos, tenía que ocupar uno de los principales puestos en su lista de prioridades.

Tal vez no era así. Y sería un error fatal.

—¿Y tú? —contestó Dooku con naturalidad—. ¿No es casi sangre de tu sangre también?

Ziro parpadeó y movió las membranas nictitantes de los ojos con deliberada lentitud. Era el equivalente Hutt a levantar una ceja en un gesto sarcástico. La sala privada estaba desierta, ni tan siquiera había un sirviente droide que pudiera oírles.

—No nos entiendes, aunque hables nuestra lengua mucho mejor de lo que la mayoría cree —concluyó Ziro—. Perteneces al linaje de Jabba, no al mío. Así que haré lo que haga falta, y mi prioridad es mi descendencia.

Ziro podría estar haciéndose el duro o hablar en serio. Si lo decía en serio, Dooku esperaba por su bien que estuviera también dispuesto a matar a Jabba, porque su sobrino enviaría a todos los asesinos del espacio Hutt a buscarlo si descubría que su tío era el responsable.

—Intenta no precipitarte —dijo Dooku. «No lo eches todo a perder antes de que yo consiga lo que necesito.» La estrategia era ganar tiempo—. Intenta que esto tenga las mínimas consecuencias.

—No hace falta que le expliques a un Hutt lo que es una estrategia a largo plazo—replicó Ziro secamente.

Dooku intentó evitar caer en una cadena de razonamientos con Ziro. Si decía algo que hiciera dudar a éste de que el secuestro iba a servirle de algo, el frágil edificio de su operación se desmoronaría. Dooku no estaba convencido de que llevarse a Rotta evitara o siquiera debilitara el apego de Jabba por el poder, pero Ziro pensaba que aquello haría que su sobrino quedara reducido a mera arcilla en sus manos, que era lo único que Dooku necesitaba.

Sin embargo, Dooku estaba seguro de una cosa: si hacían daño al bebé Hutt, se desataría una fuerza mareomotriz de terrible venganza, y Jabba se esforzaría durante mucho, mucho tiempo en asegurarse de descubrir a todos los que estaban involucrados en el secuestro y castigarlos con su imaginativo estilo único.

Dooku contaba con ello. Quería a los Hutt en el bando separatista, y la manera de lograrlo era culpar a los Jedi de la desaparición de Rotta.

«Pero si la tapadera de Ziro sale a la luz, él tendrá que ser silenciado. No podemos permitir que Jabba sepa que seguía nuestras órdenes...»

Sería una pena que le ocurriera algo a Ziro. Una vez Jabba estuviera de su parte, el destino de Ziro era inevitable: tendría que ser silenciado antes de implicar a Dooku.

No obstante, cualquier Hutt serviría, llegado el caso. No importaba si era Jabba o Ziro quien denegara el acceso al hiperespacio a las fuerzas de la República. Dooku no estaba vendiendo ideología, y sabía con certeza que ninguno de los dos Hutt lo compraba.

—Por supuesto que no —dijo, sonriendo a un ser al que mataría sin dudar si supusiera una amenaza para sus planes. No le cabía duda de que Ziro haría lo mismo—. Pero debes tener en cuenta lo que harás con Rotta a largo plazo.

Ziro trasladó su masa por el suelo de mármol hacia una plataforma repleta de cojines de seda brillante y los apartó. Los Hutt necesitaban superficies suaves para moverse adecuadamente. Las alfombras y la tapicería no eran una buena combinación con una capa lubricante de baba. De todos modos, Ziro se rodeaba del mejor mobiliario. Era como si quisiera demostrar al resto de la galaxia su poder en unos términos que el resto de las especies pudieran entender. Dooku no lo despreciaba. Sentía por él un atisbo de pena. Explicaba la necesidad de los Hutt de hacer ostentación de las bailarinas Twi'lek y otros humanoides sofisticados, distintos de un modo tan radical y físico que ningún Hutt podría haberlos considerado atractivos. Los coleccionaban porque los humanoides los codiciaban, y el mensaje era claro: «Poseo todo lo que deseáis, así que tengo poder sobre vosotros».

Todo era producto del miedo. Los Hutt se sentían amenazados. En cuanto Dooku lo comprendió, le resultó mucho más fácil tratar con ellos presionando ligeramente sobre su paranoia.

—Rotta debería estar pronto en Teth —dijo Dooku, mientras se giraba lentamente para mirar hacia la puerta. Oía voces exaltadas en la sala contigua. Percibía angustia, algo habitual en un palacio Hutt con un jefe caprichoso. Tal vez los sirvientes no encontraban la exquisitez excesivamente cara que les habían

mandado buscar —. Tienes mucho tiempo para pensar en tu posición cuando te vaya bien.

—Espero una confirmación en cualquier momento. Díme, ¿por qué odias tanto a tu familia Jedi?

—No son mi familia, y no lo son desde hace mucho tiempo —dijo Dooku—. ¿Qué importa?

—La motivación lo es todo en los negocios.

—Lord Ziro, me temo que en realidad no es necesaria la pregunta. ¿Tú pondrías tu futuro en sus manos?

—No confío en que la República haga nada por los Hutt más que intentar evitar que nos ganemos la vida.

Ziro consideraba que los Jedi y la República formaban una única entidad. Dooku había llegado a una conclusión parecida años atrás.

—Y todo el que no quiera formar parte de su familia feliz de la República debe ser un tirano o un anarquista. Si un planeta quiere irse, se le acusa de no ser democrático, porque la voluntad de sus habitantes no encaja con Coruscant. Es un velo de ironía con un bonito bordado.

—No hace falta que me hables de separatismo, Dooku. No me importa tu política, pero sé en qué salsa se marinan mis gorog.

Ziro parecía el fanfarrón del extenso clan de Jabba, pero a veces Dooku percibía indicios de una inteligencia sutil subyacente. Lo tenía en mente.

—Tú me ayudas a conseguir lo que quiero, y yo te ayudo a conseguir lo que tú quieres.

—Bienvenido a la política —dijo Dooku—. No te olvides de que tiene que haber diferentes partidos.

Dooku se armó de valor para relajarse. De pronto se abrieron las puertas de un golpe. Entraron dos droides a paso rápido, y Dooku se deslizó en silencio hacia un hueco en la sombra para observar a escondidas desde un lateral.

—Elevado lord —dijo uno en un tono neutral—. Tenemos malas noticias. El hijo de su sobrino ha sido secuestrado por unos criminales.

Ziro se irguió en un gesto de sorpresa fingida, luego volvió a sentarse provocando un ruido como si cayera una piedra mojada.

—¿Es una atrocidad! ¿Han pedido un rescate? ¿Es un insul-

to para todos los Hutt! Organizad un equipo de búsqueda. Encontraremos a la escoria que le ha hecho esto al pobre Jabba.

Ziro no era mal actor, dadas las circunstancias. Sin embargo, aunque lo hubiera ensayado, la elección de las palabras resultaba reveladora. Dooku advirtió que se trataba más de la pérdida de prestigio que de la preocupación por la seguridad del niño. Pero los Hutt no pensaban como los humanos, y las normas sociales del crimen organizado no eran las de la clase media de Coruscant. Intentó no juzgarlos, ya que muchas veces su propia especie tenía muy poco de lo que presumir.

Dooku escuchó, a la espera de que el droide se fuera. «Ahora la siguiente etapa. Hay que asegurarse de que atraemos a los Jedi a Teth...»

—Aún no se ha producido una petición de rescate, lord —dijo el droide—. Es raro.

—Veo que la escoria se alimenta del rencor. —Ziro levantó una mano imponente al segundo droide. Dooku no lo veía del todo desde su escondite—. Traedme el comunicador. Dejadme consolar a mi sobrino. Espero que todos los Hutt se congreguen para ayudarlo.

«Se está metiendo en el papel...»

—Dicen que lord Jabba está desolado. Ha pedido ayuda a la República, que envíe a los Jedi a buscar al niño.

Era difícil sorprender a Dooku, pero la idea de Jabba entregándose a la simpatía de los Jedi le sentó como una patada.

¿Por qué el jefe de una de las organizaciones criminales más poderosas de la galaxia, que podía comprar todos los cazarrecompensas que quisiera y una red de espionaje que sería la envidia de muchos gobiernos, iba a suplicar ayuda a los Jedi?

Era un movimiento inexplicable para una especie, un señor del crimen, tan preocupado por el desprestigio, por aparentar debilidad, por ser considerado un blanco fácil.

«Jabba no haría algo así. Y debe de tener una explicación, seguro...»

El Hutt tenía entre manos algo oscuro, como le correspondía. Dooku no estaba seguro de qué era, así que se puso en guardia de inmediato. Sin embargo, era un golpe de suerte perfecto, de una perfección poco natural, el hecho de que Jab-

ba pidiera a los Jedi que entraran en su trampa y se implicaran en el secuestro.

Hay quien diría que estaba escrito.

Sin embargo, aunque Dooku no creía en la suerte tanto como en los patrones aleatorios de la conspiración, el complot y el contracomplot no iba a dejar pasar una oportunidad como ésta.

Esperaba que el Consejo Jedi diera la respuesta decente, íntegra y moral y aceptaran.

Estaba seguro de que lo harían.